

LA ESENCIA Y LAS FUNCIONES DE LA GEOGRAFIA

Autor: Alfred Hettner

apuntes docentes

Nº

Digitalizado por José Luis Quiroz

LA ESENCIA Y LAS FUNCIONES DE LA GEOGRAFIA

1._ El sistema de las ciencias

Numerosos y muy calificados investigadores consideran inútil y casi como una diversión a todo tipo de reflexiones metodológicas sobre las tareas y los límites de las ciencias individuales. Opinan que la sistematización de las ciencias tiene una importancia sólo formal, casi únicamente estética, siendo indiferente para el cultivo de las mismas ciencias. Esta opinión, unilateral y de corta mira, es un resto de otros tiempos, cuando el espíritu filosófico estaba completamente extinguido y sólo se apreciaba el trabajo meramente científico, e incluso éste, únicamente para fines prácticos. Aplicándoles hasta sus últimas consecuencias, lleva a abandonar la necesaria diversión científica del trabajo, desperdiciando fuerzas. El investigador puede, por cierto, saltar los límites trazados entre las diversas ciencias, trabajando quizás con más éxito precisamente en los terrenos fronterizos; pero si no quiere perderse en una maraña sin límites ni sacrificar toda estructura intelectual, debe partir en la exposición y enseñanza de toda ciencia de puntos de vista determinados, propios y exclusivos de la misma, y diversos de los de otras ciencias. La ciencia es una en su totalidad, pero su creciente extensión ha determinado hace tiempo su división y separación. Entre las diversas ciencias no debe existir una muralla china que impida todo tipo de comunicación entre las mismas; pero cada una debe poseer su contenido propio y exclusivo, trabajarlo con métodos propios y precisos y enseñarlo de una manera determinada y privativa de la misma. La determinación de este campo de investigación y enseñanza no debe quedar librada al azar, sino que debe definirse mediante la metodología científica.

La sistematización de las ciencias constituye en sí misma una tarea de la filosofía de las ciencias, pero también las ciencias particulares tienen el máximo interés en resolver esta cuestión, en la cual deben colaborar, pues sólo ellas pueden juzgar con claridad su objeto propio y su esencia particular.

No han faltado tentativas para determinar la esencia, objetivo y ubicación de la geografía dentro del sistema de las ciencias. Particularmente en la época de su reforma, cuando se dejó de lado la concepción unilateral, antropocéntrica y teológica de Ritter y se aceptó estudiar regionalmente a la naturaleza, apareció una verdadera oleada de tratados metodológicos -algunos escritos por especialistas idóneos y los más por incompetentes diletantes- que pretendían señalar el camino a la nueva ciencia.

Estos trabajos eran de índole diversa. Algunos pretendían determinar de un modo lógico la esencia de la geografía, pero al carecer de conocimientos

especializados y quedarse en la superficie, llegaban a definiciones que estaban en. Contradicciones con la evolución histórica de la ciencia y que no aportaban nada positivo a las necesidades reales de la división científica del trabajo. Su congruencia era sólo posible gracias a una saludable carencia de ilación.

La mayoría de las definiciones de origen filosófico de la geografía tampoco concuerdan con la evolución real de la misma. En tiempos recientes se han vuelto a realizar lamentablemente tales tentativas, que sólo han introducido confusión. Por otra parte, existen conceptos derivados de la evolución histórica de la geografía, pero que carecen de una ubicación firme en el sistema lógico de las ciencias. Si aquéllos están condenados de antemano a la esterilidad, perjudicando así el proceso científico, éstos están desprovistos además del poder de convicción lógica. El problema estará recién resuelto, cuando se haya demostrado la justificación lógica del nacimiento histórico de esta ciencia, así como determinado su relación con el resto de las ciencias y la peculiaridad de sus métodos científicos,

Las necesidades de la vida práctica no pueden decidir sobre el tema de la división de la ciencia. La praxis se procura el material científico que necesita, y también los institutos de enseñanza con fines prácticos específicos, como por ejemplo, las escuelas comerciales y de guerra, eligen su material didáctico conforme a las necesidades propias de la profesión de sus alumnos. Pero, para la ciencia en general, sólo entran en consideración criterios intrínsecos; únicamente el contenido de la ciencia como tal puede ser decisivo. Durante mucho tiempo, la geografía sólo fue una disciplina práctica o aplicada, pero con el tiempo se convirtió en una ciencia pura. Esto quería significar Karl Ritter con la expresión geografía "general" o "Erdkunde", y si nosotros utilizamos ahora el término "general" con otro significado, no se ha perdido sin embargo aquella idea: la geografía es una ciencia pura que debe fundamentarse en principios únicamente científicos y en la independencia y coherencia intrínseca de su contenido.

Al revés de lo que comúnmente se piensa, el criterio decisivo no es la investigación sino la enseñanza; no el método sino el contenido del conocimiento, ¿algunas ciencias, por ejemplo la geografía, proceden ciertamente de determinados métodos de investigación; pero también ellas se van transformando cada vez más en dirección hacia un determinado contenido del conocimiento: de la ciencia del martillo, que golpea y examina las rocas, la geografía se va transformando en la historia de la Tierra, a cuyo servicio se ponen los conocimientos sobre rocas y fósiles. En la misma investigación es peligroso restringirse a determinados métodos. La ciencia no ha progresado ciertamente porque los geólogos hayan fundamentado el estudio de las terrazas de los valles sólo en el examen de los cantos rodados y, números morfológicos, únicamente en

el análisis de las formas. Sólo la unión de ambos métodos posibilita un mejor conocimiento. Y aún más que para investigaciones aisladas, debe decirse lo mismo para la totalidad de un área del saber. Nuestro objetivo final es siempre conocer los hechos de determina - das áreas; pero a éstas sólo excepcionalmente se accede mediante un único método investigativo, sino que requieren las mas de las veces la aplicación de diversos métodos.

Por otra parte, se ha pretendido fundamentar la división de las ciencias en sus métodos lógicos. Dos prominentes filósofos, Windelband y Rickert han distinguido entre las ciencias nomotéticas y las ideográficas, o con otras palabras, ciencias de leyes y ciencias de acontecimientos, o ciencias naturales y ciencias culturales. El conocimiento en las prime-ras es genérico y orientado a la cognición de leyes; en las segundas, "es individual y busca conocer lo valioso dentro de lo particular". La división, por cierto, no es terminante, antes bien ambos métodos lógicos se entrecruzan en varias ciencias. De cualquier manera, Rickert deriva de la misma el dualismo de la geografía física y geografía humana. En posteriores consideraciones sobre la formación de conceptos y juicios geográficos examinaremos si es correcta esta división de métodos lógicos y si tiene aplicación en la geografía; aquí sólo se trata de saber si es un criterio decisivo para clasificar y delimitar las ciencias, lo cual negamos. Una clasificación conforme a la misma resultaría completamente distinta de la real separación y delimitación de la ciencia, tal como se ha desarrollado históricamente. Separaría conceptos que son solidarios en razón de su contenido. El mismo Bickert aclaró después haber sido malentendido, explicando que su división no pretende obtener la real clasificación de las ciencias, lo cual es un hecho meramente histórico. Sólo debemos agregar que el desarrollo histórico no es casual ni arbitrario, sino que tiene su profunda e intrínseca razón lógica, aunque no en sentido estricto.

La división real de las ciencias responde a los objetos. Pero también aquí pueden seguirse diversos caminos.

Antiguamente se fundamentaba el sistema de las ciencias exclusivamente en la afinidad o diversidad objetiva de los objetos como tales, clasificándoles conforme a sus relaciones con éstos. Lo mismo realizan aún hoy numerosos sistematizadores ingenuos, que parten de las ciencias particulares, sin tomarse la molestia de mirar en su entorno el sistema de las ciencias, los filósofos sistematizadores han superado, sin embargo, esa concepción estrecha y parcial, reconociendo la unilateralidad de interpretar las cosas desde el punto de vista de sus relaciones objetivas, y la posibilidad y necesidad de tomar otros pun - tos de vista que originan ciencias especiales. Sin embargo, no han llevado a sus últimas consecuencias esta nueva interpretación, pasando por alto precisamente el punto de vista decisivo para la clasificación lógica de la geografía. Generalmente han

sido atraídos por la definición -a primera vista, tan obvia que la geografía es la ciencia de la tierra, incluyéndola de tal modo en su sistema y dejando así totalmente de lado a la geografía humana; varios, incluso, no han aceptado la geografía en general como una ciencia unitaria, repartiéndola entre diversas divisiones de su sistema. No han captado aún, por consiguiente, la real clasificación de las ciencias, debiendo ser completada su interpretación.

La primera división fundamental dentro de las ciencias teóricas de la experiencia -de las cuales se trata aquí únicamente- es la distinción muy bien señalada primeramente por Comte, entre ciencias abstractas y concretas. Esta distinción no significa, por supuesto, que aquéllas tengan que ver con objetos menos concretos -en el sentido de reales, corporales y perceptibles sensorialmente que éstas, sino que las ciencias abstractas despojan a los objetos de todas sus características especiales e individuales, examinando únicamente los fenómenos o propiedades generales como tales y cada uno en sí mismo -por ejemplo, la gravedad, la luz, el magnetismo, la naturaleza material, los fenómenos anímicos- sin prestar atención a su pertenencia a un determinado reino de la naturaleza y a sus relaciones espacio- temporales. Las ciencias concretas, por el contrario, interpretan siempre los fenómenos y estados generales como propiedades de determinados cuerpos. La distinción no es tajante, sin embargo. Antes bien, existe una gradación desde las ciencias totalmente abstractas -la matemática como ciencia pura de la forma la física, la química y la psicología - pasando por las ciencias que tienen en cuenta ciertas características especiales propias de la pertenencia común a uno de los grandes reinos de la naturaleza o del espíritu - por ejemplo, la mineralogía general, la botánica general, la fisiología, la sociología, la economía política general- hasta las ciencias concretas orientadas a los conceptos particulares, individuales y colectivos.

Las ciencias concretas se dividen en el conocimiento de la realidad misma, conforme a la variedad de sus propiedades objetivas y a su diversidad espacio-temporal. La realidad es como un espacio tridimensional, que debemos considerar desde tres puntos de vista distintos, para captarlo íntegramente; la consideración de cada punto por separado es unilateral y no agota la realidad. Desde un punto de vista observamos las relaciones de finidad; desde el segundo, el desarrollo en el tiempo y, desde el tercero, su ordenamiento y distribución en el espacio. La realidad no se puede captar totalmente en las ciencias sistemáticas o de cosas, como aún creen muchos especialistas metodológicos. Con razón pues, se ha fundamentado la legitimidad de las ciencias históricas en la necesidad de una interpretación especial del desarrollo en el tiempo, lío la conocemos aún en su totalidad, si prescindimos del tercer punto de vista, de la distribución y ordenamiento en el espacio.

Ya Kant expresó pertinentemente esta idea en sus "Lecciones de Geografía Física". "Pero podemos ubicar nuestros conocimientos empíricos ya sea entre los conceptos, ya sea en el espacio y en el tiempo, donde se encuentran realmente. La primera división -conceptual- es la lógica y la espacio-temporal es la física. Por la primera obtenemos un sistema de la naturaleza, como por ejemplo, el de Linneo; por la segunda, por el contrario, una descripción geográfica de la naturaleza.

Esta idea es luego explicitada: "Podemos llamar también a ambas una descripción, pero distinguiendo: la historia es una descripción, según en tiempo, la geografía, según el espacio. La historia concierne los hechos sucedidos consecutivamente en el tiempo. A la geografía atañen los fenómenos que suceden simultáneamente en el espacio". "La Historia es una información de hechos sucesivos, relacionados en el tiempo. La Geografía es una información de hechos que suceden simultáneamente en el espacio. La Historia es una narración, la geografía una descripción".

Una gran parte -quizás la mayoría- de las ciencias concretas, que pueden llamarse ciencias sistemáticas, dejan en segundo plano las circunstancias espacio-temporales, encontrando su unidad en la similitud o afinidad objetiva de sus objetos. La distinción habitual entre ciencias de la naturaleza y del espíritu es una clasificación sistemática de ese tipo. Entre las ciencias naturales se han desarrollado como ciencias especiales, en primer lugar, las ciencias de los minerales y de las rocas (mineralogía y petrografía), de las plantas (botánica) y de los animales (zoología) y junto a las mismas, por razones extrínsecas, la ciencia de los animales y plantas fósiles de la antigüedad (paleontología). Sólo luego han aparecido disciplinas especiales para el estudio de la Tierra y de su área de fenómenos. Ciencias sistemáticas del espíritu son, entre otras, la lingüística, la religión, la política y la economía. Pero aquí se entre cruza con los principios de la división sistemática otro principio clasificador, que representa la transición a los otros dos grupos principales de las ciencias concretas: de la diversidad de idiomas y culturas resultan las variadas filologías -cuyo objeto no son meramente los idiomas, sino toda la vida espiritual de los pueblos- y la etnología, que casi se podría designar como una filología física de los pueblos.

Para las ciencias históricas, las relaciones objetivas de sus objetos son secundarios. Antes bien, su consideración unifica una cantidad de objetos que pertenecen a sistemas totalmente diversos, unificados en el punto de vista del transcurso temporal de las cosas. Si éstas se sucediesen por pura casualidad y las diversas series de fenómenos fuesen independientes entre sí, la ciencia podría contentarse con la consideración sistemática. Pero la conexión entre las diversas épocas, que expresamos por el término desarrollo, y la relación dentro de la

misma época hacen necesaria una especial consideración histórica. Las consideraciones sobre el desarrollo de una serie de fenómenos individuales, que sólo toman por consiguiente en consideración a uno de ambos puntos de vistas mencionados, como, por ejemplo, la historia del mundo animal o la historia del arte o de la constitución, ocupan un lugar intermedio entre las ciencias sistemáticas y las históricas. Las ciencias propiamente históricas abarcan todo el mundo de los fenómenos. Se dividen en tres ciencias diversas. La primera es la historia de la Tierra, o geología histórica, que no es de ningún modo únicamente una historia de la corteza terrestre o tierra firme, sino al mismo tiempo, del clima, y del mundo animal y vegetal. La segunda es la prehistoria, que fue mucho tiempo una ciencia sistemática pero en virtud de la periodización de los descubrimientos gracias a las recientes investigaciones ha obtenido realmente un carácter histórico. La tercera es la historia a secas, o historia de la humanidad cultural, que recientemente ha comenzado a superar tanto la parcial limitación al círculo cultural europeo y del Asia Menor como la también unilateral restricción a los acontecimientos políticos y lucha todavía por perfeccionar un método para la historia universal.

Con el mismo derecho que el desarrollo en el tiempo, la ubicación de las cosas en el espacio exige una consideración especial. Junto a las ciencias sistemáticas u objetivas y a las cronológicas o histórico-temporales, deben ubicarse las ciencias del espacio o corológicas, que son dos. Una se ocupa del ordenamiento de las cosas en el espacio: la astronomía, considerada sin razón como una mecánica aplicada, es decir, como una ciencia de leyes abstractas, mientras su objeto propio está constituido por la constelación real de todos los astros y las características de cada astro en conexión casual con aquélla.

La otra es la ciencia del ordenamiento espacial de la Tierra, o podemos decir igualmente, puesto que no conocemos el interior del globo, sobre la superficie terrestre. Si no existiesen relaciones causales entre diversos lugares de la tierra y los diversos fenómenos en un mismo lugar fuesen independientes entre sí, no habría ninguna necesidad de una interpretación corológica especial pero puesto que existen tales relaciones, que no están contempladas o sólo muy de paso por las ciencias sistemáticas y las históricas, se hace necesaria una ciencia corológica especial de la tierra o de la superficie terrestre.

La consideración del desarrollo histórico de la Geografía nos ha mostrado que hoy, salvo algunas pequeñas excepciones, se enfrentan dos interpretaciones principales de la geografía: por un lado, su interpretación como una geografía general o ciencia de la tierra, donde la geografía general prima sobre la geografía especial o geografía regional, ocupando ésta una mínima extensión dentro de la geografía, y sólo en virtud de una inconsecuencia. Por otra parte, la interpretación de la geografía como la ciencia de la superficie terrestre en su diversa formación,

en la que la geografía regional ocupa el primer plano, mientras la geografía general tiene la significación de una geografía regional comparada. Mientras la sistematización de las ciencias usó como criterio de clasificación sólo el punto de vista de la diversidad objetiva de los objetos, la geografía sólo fue reconocida como una ciencia general de la Tierra. Pero una consideración completa del sistema de las ciencias señala la unilateralidad de ese punto de vista, demostrando que la consideración cronológica o histórica y la corología o espacial tienen los mismos derechos que la consideración sistemática u objetiva y, por consiguiente, una ciencia corológica de la superficie terrestre tiene no sólo derecho a la existencia, sino que constituye una exigencia dentro de una sistematización completa de las ciencias. Esta interpretación se presenta no sólo con el mayor derecho histórico, sino también con igual o mayor derecho lógico.

2._ ¿Es posible una ciencia general de la Tierra?

Las definiciones lógico-apriorísticas de la geografía suelen partir del nombre de la ciencia, relegándose el viejo nombre de "geografía" o descripción de la Tierra, en beneficio del nombre "Erdkunde" - "ciencia de la Tierra" - en parte por razones idiomáticas, y en parte porque expresa mejor el carácter de la ciencia, que no es simplemente descriptiva, sino también explicativa. La geografía o "Erdkunde" debe ser, por consiguiente, la ciencia de la Tierra. Su objeto está constituido primeramente por la Tierra como totalidad con todas sus relaciones, tanto por su situación en el cosmos, forma y tamaño, como por sus propiedades físico-químicas; luego, por diversos reinos naturales: el centro de la Tierra, la corteza terrestre, el agua la atmósfera, los reinos vegetal y animal, y también la humanidad, pero con una interpretación restrictiva inmediata: en la medida de su dependencia de la naturaleza terrestre, con lo cual se amplía la definición de la geografía, como la ciencia de la Tierra en sí misma y como habitáculo del hombre.

La tendencia a estudiar a la Tierra en una ciencia proviene de una idea correcta en sí misma, según la cual, los diversos reinos de la naturaleza sobre la Tierra no sólo están relacionados en el espacio, sino diferenciados causalmente, según la porción del globo terráqueo de donde provienen, y esta relación de estrecha causalidad concierne a la Tierra en un gran mecanismo u organismo. En la medida en que las relaciones de los reinos de la naturaleza entre sí son diversas en los diferentes lugares de la Tierra, incumben a la geografía como ciencia corológica. En la medida en que se han modificado con el transcurso del tiempo, son estudiados por la geología histórica, que no es de ninguna manera una mera historia de la corteza, sino de toda la naturaleza terrestre.

Pero se plantea la pregunta, cuando se dirige la atención sólo a los fenómenos generales -iguales o pensados como iguales sobre toda superficie

terrestre- es decir, despojándolos de sus modificaciones temporales y de sus particularidades espaciales o dejándolas de lado, si se puede hacer objeto de una ciencia especial al engranaje de los diversos reinos de la naturaleza y si, en razón de tal engranaje, se puede resumir en una ciencia una cantidad de ciencias que trabajan separadamente y con diferentes métodos de investigación.

Evidentemente, los diferentes reinos de la naturaleza tienen una conexión causal. Si la Tierra tuviese una masa mayor, la corteza terrestre tendría otra forma y otra composición substancial; los movimientos del aire y todos los fenómenos climáticos serían distintos; vivirían otras plantas y otros animales sobre la Tierra, y si hubiera hombres, tendrían probablemente otro espíritu. Otra distancia de la Tierra al Sol modificaría también las relaciones de todos los reinos de la naturaleza. Estas conexiones deben ser interpretadas por la ciencia. Ocasionalmente podemos hacer tales reflexiones un libro como el "Kosmos" de Humboldt estará siempre entre las más hermosas elucubraciones de la ciencia y, de cuando en cuando, hay que escribir tal tipo de libros. Pero esas conexiones sólo podrían convertirse en objeto de una ciencia especial, comparándolas con otros cuerpos cósmicos, si supiéramos bastantes de ellos.

La naturaleza terrestre inorgánica es, desde ya, tan rica y variada, que fue necesario parcelarla entre una cantidad de ciencias. Los movimientos de la Tierra pertenecen - como los de cualquier otro astro- a la astronomía, porque sólo pueden comprenderse en relación con los movimientos de los demás astros, lo que constituye la clave para su comprensión. La determinación de la figura terrestre es, actualmente, objeto de una ciencia especial: la geodesia. Lo poco que, por otra parte, conocemos de la Tierra en su totalidad y de su interior es estudiado por la geofísica, que se vuelve cada vez más una ciencia independiente. Los materiales de la corteza terrestre son estudiados por la minerología, la petrografía la edafología y también por la geología general. Menor independencia goza, por lo menos hasta ahora, el estudio de las formas de la superficie terrestre, objeto de la geomorfología. Los procesos mecánicos y físicos de la corteza terrestre son patrimonio cada vez más exclusivos de la geofísica. A ésta le corresponde también la mayor parte en la investigación de los glaciares actuales, de los ríos y lagos, mientras no se considere como ciencias independientes a la glaciología, hidrografía y limnología, lo que ya ha pasado con los mares-océano -grafía- en razón de la mayor variedad de sus puntos de vistas y de la importancia principalmente práctica de su investigación. La física atmosférica - meteorología- puede reclamar hoy sin duda alguna la Jerarquía de una ciencia independiente.

En razón de la similitud de sus objetos y de su forma de trabajo, una cantidad de estas diversas disciplinas puede concentrarse en unidades superiores, posibilitando sólo de ese modo su enseñanza en las universidades. Así, por

ejemplo, la geofísica en sentido estricto, la física de la corteza terrestre, la física del agua y del hielo y la física de la atmósfera se hallan reunidas bajo la común denominación de geofísica general. De un modo similar, la mineralogía, la petrografía y la edafología constituyen las ramas principales de la geoquímica. Pero unificar en una geografía general a ambos grupos de ciencias entre sí y con la llamada geografía astronómica o matemática tiene escaso valor dada la gran diversidad de los métodos científicos, aunque ocasionalmente sus resultados deban ser reunidos bajo puntos de vista comunes.

La geografía general debe extenderse también al mundo vegetal y al animal. Evidentemente, la naturaleza orgánica depende en su estructuración total de la índole de la Tierra; Ratzel señaló principalmente la magnitud de la Tierra, y Gerland su gravedad y calor. Esta dependencia está presente - aunque generalmente de modo implícito- en toda consideración botánica o zoológica, puesto que sólo bajo determinadas circunstancias de la naturaleza terrestre es posible pensar en cada característica individual de los organismos.

Ocasionalmente, puede ser también objeto de reflexiones de mayor o menor extensión; pero sólo podría convertirse en objeto de una ciencia especial, si pudiéramos comparar el mundo animal y vegetal terrestre con los de los otros planetas.

Por cierto, comúnmente no se le asigna a la geografía general el estudio de la planta y del animal individuales, sino el mundo vegetal y animal. Pero también aquí surgen objeciones lógicas y prácticas. La investigación botánica y la zoología prestan cada vez mayor atención a los grupos de plantas y animales, haciendo inútil su consideración por una ciencia especial. En la concepción moderna, la botánica y la zoología sistemáticas, fundamentadas en la filogenia, no son sino la interpretación de los reinos animal y vegetal desde el punto de vista de las relaciones de afinidad. La historia de ambos reinos es tratada por la geología histórica, juntamente con la historia de la corteza terrestre y de los climas. Sólo quedaría sin tratar el estudio de la diversa formación de los reinos vegetal y animal en diferentes lugares de la Tierra. Pero esta restricción presupone el punto de vista corológico, totalmente ajeno a la geografía como ciencia general, y más bien próximo a la otra interpretación de la geografía.

Las mismas objeciones se presentan en el estudio del hombre, y son aquí aún mayores en razón de la rica y variada perfección del espíritu humano. Por tal razón, aún no se ha atrevido ningún metodólogo a tratar en la geografía a la totalidad de la especie humana. Algunos defensores de la geografía general - como Gerland- pretende incluso excluir totalmente de la geografía al hombre, en razón de su índole espiritual y de su libre albedrío ¡sólo que deberían aplicar el

mismo razonamiento a los mundos animal y vegetal, limitando la geografía al mundo inorgánico. La mayoría, al tratar del hombre, abandonan el punto de vista lógico, como ya lo hicieron inconscientemente para los reinos vegetal y animal, y pretenden considerar únicamente la influencia de la Tierra sobre sus habitantes humanos, pero no se trata realmente de la influencia de la totalidad del globo terráqueo, sino únicamente de las diferenciaciones locales de la superficie terrestre, es decir, reaparece el punto de vista corológico. Esta interpretación, en resumidas cuentas, es sólo una adaptación al desarrollo histórico de la ciencia, en la cual el hombre ocupaba un lugar predominante. Se destruye así en pedazos la estructura lógica unitaria de la ciencia. En esta interpretación, la geografía es "Dualística", según la expresión de Hermann Wagner. Significa que es contradictoria en su misma esencia, con métodos totalmente diversos en sus diferentes partes: es un complejo inorgánico de dos o más ciencias diversas.

La definición de la geografía como una ciencia general de la Tierra no es posible lógicamente; lleva una vía muerta. Si se hubiese desarrollado naturalmente en el transcurso de la evolución histórica, habría que aceptarla, tendiendo únicamente a purificarla gradualmente. Pero en realidad es un producto artificial, un injerto tardío y artificioso en la geografía, fruto de una mezcla de diversas tendencias, que produce un efecto cautivante, a pesar de la saludable carencia de lógica, lleva además la responsabilidad por la difusión de la geografía en terrenos extraños, por la banalización que trae frecuentemente consigo y también por la aversión y resistencia de las ciencias afines contra la geografía. Es un absurdo lógicamente imposible, históricamente infundado y prácticamente dañino.

De la ciencia general de la Tierra, sólo la geografía puede salvarse como ciencia independiente, Pero no constituye el núcleo de la geografía, ni siquiera una parte de la misma, sino que es una ciencia afín independiente, la geografía, en su carácter históricamente bien determinado de conocimiento de los espacios terrestres, debe encontrar su justificación lógica desde un punto de vista distinto al de una ciencia de la Tierra.

3._ La geografía como ciencia corológica de la superficie terrestre.

A. La esencia de la interpretación corológica.

El estudio histórico de la geografía como ciencia nos ha enseñado que en toda época fue un conocimiento de los diversos espacios terrestres o, según la antigua terminología, corografía o corología, habiendo cambiado en el transcurso del tiempo sólo el punto de vista, conforme al progreso del conocimiento científico. Si en la antigüedad coexistieron dos orientaciones o tendencias geográficas-

cuyos últimos grandes exponentes fueron Ptolomeo y Estrabón - ambas son, sin embargo, corológicas y sólo se diferencian en que una acentúa más la determinación matemática y la elaboración de una correcta cartografía, mientras la otra se preocupa más por la naturaleza y los habitantes de la región, lo mismo puede decirse de la época moderna: la geografía tiene una orientación corológica, en la que coexisten la geofísica y la geología.

Consecuentemente, los metodólogos que no han perdido la conexión con el desarrollo de la ciencia, han puesto siempre en primer plano el punto de vista corológico referente al diferente desarrollo de la naturaleza y de la cultura en los diversos lugares de la superficie terrestre. La geografía de Karl Ritter posee tal orientación. Sus párrafos más explícitos al respecto se encuentran en sus palabras introductorias a su hermoso ensayo sobre el elemento histórico en la ciencia geográfica (Abhandlugen, página 53): " Las ciencias geográficas se ocupan de preferencia de los espacios de la superficie terrestre, en la medida en que éstos tienen un contenido terrestre, es decir, describen las circunstancias de regiones coexistentes. De ese modo se diferencian de las ciencias históricas, que deben averiguar y describir los hechos sucesivos y la sucesión y el desarrollo de las cosas". Después de la confusión metodológica introducida en nuestra ciencia por la adopción de la geografía astronómica y de las disciplinas geofísicas por Oscar Peschel -quien abrió al mismo tiempo nuevos caminos en geografía física-, fue P. Von Richthofen quien puso de nuevo en vigor el punto de vista corológico en geografía. Incluso muchos metodólogos, que definen a la geografía como ciencia de la Tierra o que suscriben a su carácter dual, ponen de hecho en primer plano la consideración corológica.

La geografía no es la ciencia, general de la Tierra, tampoco es feliz la denominación elegida por Von Richthofen de ciencia de la superficie terrestre, ya que ha originado muchas falsas Interpretaciones. Considerar a la superficie terrestre como un todo, sin tener en cuenta las diferencias locales no es en todo caso tarea de la geografía: ésta es más bien la ciencia de •la superficie terrestre según sus diferenciaciones locales, la ciencia de los continentes, países, regiones y pueblos. El término "Landerkunde" - ciencias de los países- designa mejor este contenido de la ciencia que la denominación "Erkunde" -ciencia de la Tierra- que, si bien en Ritter era completamente inobjetable, ha llevado sin embargo a los metodólogos modernos a falsas interpretaciones teóricas sobre la esencia de la geografía. No hay que pensar únicamente en la geografía regional especial -es decir, en la descripción de cada país y región- sino igualmente en la geografía regional general comparativa.

Si bien lo corológico es la característica esencial de la consideración geográfica, no es lícito, sin embargo, hablar de un método corológico, junto a otros

métodos descriptivos o investigativos. "El término "método", en su acepción genuina, significa siempre el camino hacia un fin; pero lo corológico no es el camino, sino el fin u objetivo de la geografía misma. Significa la interpretación de la realidad terrena desde el punto de vista del ordenamiento espacial, en oposición a la interpretación de la realidad propia de las ciencias sistemáticas, desde el punto de vista de la diferenciación objetiva y a la interpretación peculiar de las ciencias históricas, desde el punto de vista del transcurso del tiempo. La consideración geográfica no puede ser sino corológica, así como la historia sólo puede ser temporal y la sistemática únicamente objetiva. La consideración de la realidad desde determinado punto de vista no es ninguna propiedad de la geografía, sino que es peculiar de cada ciencia.

Si bien sólo se trata aquí de un error lógico, que ha introducido cierta confusión en la terminología metodológica, ha producido, sin embargo, también falsas interpretaciones sobre la esencia de la consideración corológica. Incluso Marthe, quien con Richthofen hizo la primera tentativa de determinar con precisión la consideración corológica, ha caído víctima de esa interpretación errónea, al definía a la geografía como la ciencia del "donde de las cosas". Así como el "cuando" de las cosas representa su distribución y extensión temporal, el "donde de las cosas" es una señal, una propiedad de las cosas o fenómenos, es decir, de las unidades formadas en base a sus relaciones objetivas y, consiguientemente, debe ser incluida en el campo de la investigación y representación de las ciencias sistemáticas, que estudian en base a relaciones objetivas. La botánica y la zoología no pueden renunciar a conocer la ubicación y el distrito ecológico de sus géneros de plantas y animales; la mineralogía debe tener en cuenta los yacimientos de minerales, así como la economía política las formas económicas. El punto de vista histórico y el geográfico son decisivos sólo cuando el tiempo o el espacio son puestos en primer plano, constituyendo el vínculo unificante de la consideración científica. Así como la historia considera el carácter de diversas épocas, la geografía estudia igualmente el carácter de los diversos espacios y localidades, "el contenido terreno de los espacios terrestres", para utilizar la expresión de Ritter, o sea, los continentes, los países, regiones y pueblos como tales. Wallace, en su obra fundamental sobre la difusión del mundo animal, ha puesto de relieve con preciso rigor esa diversidad de los puntos de vista, definiendo como zoología geográfica el estudio de la difusión de los diversos órdenes, familias, géneros y clases y, por el contrario, como geografía zoológica - o, simplemente zoogeografía- al estudio de la diversa distribución animal, según los países. La misma distinción existe entre la botánica geográfica - o, más simplemente, geobotánica- y la fitogeografía; entre una topografía de los minerales, propia de la mineralogía y una mineralogeografía. Podemos estudiar también la difusión de las formas de la superficie terrestre, las clases de suelo, las

corrientes de agua, los movimientos y estados de la atmósfera, para completar y perfeccionar el conocimiento de su esencia; pero mientras sólo consideremos los fenómenos como tales, permaneceremos en el campo de las ciencias sistemáticas. Sólo al estudiarlos como propiedades de los espacios terrestres, entramos en la ciencia geográfica.

Tal distinción tiene igualmente gran importancia en el campo humano. Abusivamente son llamadas antropogeográficas las investigaciones sobre la difusión de una herramienta, un arma o de un objeto en general o de una costumbre determinada, siendo en principio más bien etnológicas, aunque puedan alcanzar medianamente una significación antropogeográfica; pues lo que nos interesa en primer lugar no es la región, sino el objeto respectivo o el pueblo como dueño y responsable de dicho objeto. El estudio de la difusión geográfica de productos aislados pertenece a las ciencias de la producción geográfica o del comercio, pudiendo ser designado como "productología" geográfica; la geografía económica, por el contrario, se ocupa de las características y relaciones económicas de las diversas regiones y localidades. En los demás fenómenos humanos se diferencian también de un modo similar las tareas de la geografía de las propias de las ciencias sistemáticas. Aunque ambas formas de consideración coinciden repetidamente en la investigación, tiene objetivos diversos, debiendo por consiguiente mantenerse separados en la exposición. Hasta hoy la geografía se halla aún sofocada por el punto de vista objetivo. Su modo de consideración se agota frecuentemente en la difusión geográfica de objetos aislados, en lugar de estudiar el "contenido espacial y el carácter de las regiones y localidades". Pero la geografía no debe ser la ciencia de la distribución local de los diversos objetos, sino de los contenidos espaciales. Es una ciencia del espacio, así como la historia es una ciencia del tiempo.

B. La naturaleza y el hombre en la geografía

La geografía estaba antiguamente totalmente orientada hacia el hombre, porque se buscaba casi únicamente lo práctico para la administración del estado y para la vida cotidiana, y también porque se estaba aún muy lejos de una interpretación de la naturaleza. Incluso Karl Ritter -quien más que ningún otro liberó a la geografía de aquel utilitarismo, convirtiéndola en una ciencia puramente manifiesta cierta orientación unilateral, más o menos teleológica, hacia el hombre; y mucho más que el mismo Karl Ritter, esto aparece en los miembros de su escuela. La naturaleza de las regiones no constituía nada en sí mismo, sólo era el objeto de la geografía en función humana; la superficie terrestre era estudiada únicamente como habitáculo y medio cultural del hombre. Tal limitación temática sólo fue posible lógicamente en razón del punto de vista teleológico entonces en boga, habiendo perdido su fundamento lógico con el imperio de la consideración

causal en la ciencia. La naturaleza de las regiones existe primera-mente para sí y debe ser considerada y comprendida en sí misma. El hombre se desenvuelve en la naturaleza, de la que depende en mayor o menor grado, según cada investigador. Esta dependencia consiste en las influencias que soporta en los estímulos y motivaciones que desencadenan su accionar. Incluso si aceptamos determinística mente que sus acciones están determinadas inequívocamente por la suma de los estímulos y motivaciones, es decir, que el hombre está enraizado con todo su ser en la naturaleza, o sea, en la naturaleza de cada región y localidad, no podemos colocarlo en el centro y objetivo de la consideración geográfica -como hacen algunos metodólogos modernos, retrocediendo a interpretaciones superadas- sino únicamente junto a los fenómenos de la naturaleza.

Pero luego vino como reacción otra unilateralidad. En la conclusión del primer tomo de su gran obra China, el entonces geólogo Richtofen consideraba como tarea propia de la geografía el estudio de la corteza firme terrestre, opinando que los demás fenómenos debían ser tenidos en cuenta, sólo en la medida, de su dependencia de la misma. Esta interpretación, originada quizás en las investigaciones americanas sobre la cordillera, tiene aún hoy vigor, habiendo sido renovada también entre nosotros por influencias del norteamericano Davis. La misma estuvo siempre en contradicción, desde un principio, con el desarrollo histórico de esta ciencia, en la cual el estudio de la superficie firme terrestre constituyó siempre un objetivo importante, pero nunca decisivo. Ni está a la altura de la gran misión de la geografía, que es un estudio general de los países, es decir, un conocimiento completo de la superficie terrestre. El mismo Richtofen traspasó muy pronto los límites de esa interpretación, parcialmente ya en el mismo libro en el que la expuso, y por completo en su discurso de recepción en Leipzig. Fue una idea metodológica errónea, y casi imposible, atribuir a una ciencia como objeto de los efectos de otra serie de hechos, que sólo constituyen, sin embargo, una parte de los hechos existentes y observados, debiendo ser separados de estos últimos únicamente mediante el análisis. De tal modo, la ciencia renuncia --ría a describir sus objetos, sin los cuales la interpretación casual queda en el aire; la ciencia tendría ante sí un tesoro de hechos incompleto y desunido.

La geografía no puede restringirse a ningún reino determinado de la naturaleza o del espíritu, sino que debe extenderse a todos los reinos de la naturaleza y al hombre al mismo tiempo. No es ni una ciencia de la naturaleza, ni del espíritu -utilizo ambos términos en su aceptación común- sino ambas al mismo tiempo. Kirchhoff y también H. Wagner la llamaron una "ciencia de la naturaleza con elementos históricos integrantes", lo cual es correo to, pero hubiera podido llamarla casi con igual propiedad, ciencia del hombre con elementos integrantes

de las ciencias naturales. La naturaleza y el hombre integran la índole de cada país, y en tan estrecha unión, que no pueden ser separados. En varios países, aparente más el hombre en primer plano; en otros, menos; un investigador se dedica preferentemente a la naturaleza; otro, al hombre, Consecuentemente, el elemento humano en la geografía es mayor o menor. Teóricamente, se puede colocar al hombre sólo como un reino junto a los tres reinos de la naturaleza inorgánica y los dos de la orgánica; de hecho, requiere generalmente un estudio más detallado que cada uno de los mismos, equivaliendo casi al estudio de la naturaleza en su totalidad.

Esta consideración unificante de la naturaleza y de la humanidad por la geografía no es "dualística" como la unificación de naturaleza y hombre en la ciencia general de la Tierra; pues sólo se puede hablar de dualismo, cuando la unificación de diversos objetos en una ciencia introduce en la misma diversidad de interpretaciones contradictorias. La interpretación geográfica o corológica de la naturaleza y del hombre es, como veremos luego, igual en todos puntos esenciales y no lleva de ningún modo a constituir dos partes heterogéneas de la geografía.

La ubicación de la geografía entre o, mejor dicho, al mismo tiempo en las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, tras sin duda consigo ciertos inconvenientes prácticos. El geógrafo es considerado un extraño, tanto en las facultades de filosofía como en las de ciencias naturales. La propedéutica filosófica Representa un esfuerzo para los discípulos provenientes del campo de las ciencias naturales y la propedéutica científica un esfuerzo comúnmente mayor para los que vienen del campo filosófico en razón de nuestra formación escolar unilateral. Pero la geo - grafía comparte esta ubicación intermedia con otras ciencias, y con la misma filosofía a la cual debe precisamente el gran valor que, para nuestra formación total, no quiero decir posee-, pero poseería si no se la tratase tanto como a una cenicienta, y que poseerá en el futuro: la de constituir un puente entre ambas direcciones de nuestra vida intelectual, que caen con mucha facilidad en la incomunicación.

Hoy sólo los profanos, que nunca se han sumergido en los problemas geográficos o que se han ocupado únicamente de una parte de la geografía, dudan aún que la geografía deba tener igualmente en cuenta a la naturaleza y al hombre; los geógrafos, por el contrario, lo aceptan casi generalmente, y según su temperamento, acogen favorablemente este hecho o lo soportan con disgusto.

C. La geografía como ciencia del espacio y estudio del paisaje.

La extensión de la geografía al hombre y a la naturaleza no es arbitraria, sino que está profundamente enraizada en el ser de las cosas; dificulta el estudio de la geografía, pero es inevitable. Sin embargo, ¿sería quizás posible limitar de otra manera el material geográfico, es decir, la diversidad de los objetos, y circunscribiéndose a determinados puntos de vista, evitar la aparente dispersión de materiales, como ocurre fácilmente, por lo menos cuando es tratada sin inteligencia?.

Ratzel, aunque en algunos lugares sobrepasa esta estrecha definición, en otros ha caracterizado a la geografía de un modo abstracto y peculiar como una ciencia del espacio, colocando en primer plano, en lugar del diferente contenido, a las puras propiedades espaciales: longitud, distancia, forma y tamaño de las superficies. Gotz sigue sus pasos, concibiendo a la geografía del intercambio como ciencia de las distancias, cuyo objeto es superar el espacio a lo largo del tiempo. También otros participaban de esta interpretación. Esto no deja de ser una ilusión. El espacio como tal es una forma intuitiva, adquiere significación real; sólo gracias a su contenido. Con cierta ingenuidad se concibe la distribución de tierras y mareas y la forma de la superficie terrestre como simples relaciones espaciales, ¡como si no tuviesen contenidos diversos; lo valioso de esta interpretación es que acentúa permanente y marcadamente la situación, forma y tamaño especiales, en oposición a la geografía general que prácticamente las ignora; pero la inclusión de las modificaciones temporales es algo ajeno, y una interpretación que las coloca en primer plano no es geográfica, sino histórica.

Afín a la interpretación de Ratzel se halla la de Schuter y la de Brunhes, que ya estaban anteriormente en germen, por ejemplo, en el estudio del paisaje de Oppel. Parten de la noción de paisaje, tal como se ofrece al observador, y restringen la consideración geográfica a los objetos que aparecen en ese cuadro externo. Como veremos, ésto es un punto de vista correcto para una parte de la geografía, que podemos llamar geografía estética, la cual por cierto, tampoco puede prescindir totalmente de los aromas y tonalidades del paisaje. Pero la geografía en su totalidad no puede ser tan unilateral; por ejemplo, no puede captar el suelo únicamente según su color no según sus propiedades físico-químicas; ni limitarse en el clima al color del cielo y a las nubes; y al considerar los reinos animal y vegetal dejar de lado las diferencias de la flora y fauna, en virtud de su escasa perceptibilidad dentro del cuadro del paisaje.

En realidad, Schluter y Brunhes no quieren excluir de la geografía esos temas, sino que los reintroducen por la puerta trasera. Ellos pretenden restringir el elemento humano en la geografía a los fenómenos perceptibles por los sentidos, excluyendo lo espiritual, en lo cual incluyen a los pueblos y estados. Ciertamente, siempre existe el peligro de que la geografía salga de su propio terreno,

invadiendo los vecinos; se justifica, por lo tanto, la búsqueda de una frontera. Pero ésta no se puede encontrar distinguiendo lo perceptible sensorialmente de lo meramente espiritual, que en verdad también es perceptible por los sentidos aunque en menor grado. Pues si se deja de lado lo espiritual, la geografía pierde áreas que ha cultivado precisamente desde muy antiguo con especial dedicación, como la geografía política, la geografía de los asentamientos etnológicos y, en fin de cuentas, también la geografía comercial y del intercambio, pues estas dos últimas, También se rompe el nexo intrínseco y causal de las cosas, y la geografía humana se convierte en simple chapucería. Por tal razón, y bajo la influencia del gran interés político- geográfico surgido durante la guerra mundial, Schluter hizo más tarde una concesión, admitiendo por lo menos en un círculo externo de la geografía, a la geografía política y, especialmente, a la geografía de las comunidades humanas, Bruhes, por su parte, escribió incluso un libro sobre geografía política. Pero, ¿cómo define propiamente la noción de esta geografía? ¿Existe aún, en absoluto, una oposición esencial a nuestra interpretación?.

D. La interpretación corológica

La homogeneidad de la geografía como una ciencia corológica de las regiones no puede, por consiguiente, obtenerse partiendo de la unidad del cuadro del paisaje, sino que debe fundamentarse en la esencia intrínseca de los países, regiones y pueblos. Esta reposa en dos hechos que corresponden lógicamente a las dos circunstancias decisivas para una consideración especialmente histórica de las cosas. La primera es la diversidad de un lugar a otro, según el tiempo transcurrido y el contexto de los acontecimientos sucesivos junto al contexto espacial de las cosas coexistentes, es decir, los complejos y sistemas geográficos, por ejemplo, el sistema hidrográfico, el sistema de la circulación atmosférica de las áreas de intercambio y otros. Ningún fenómeno de la superficie terrestre puede ser concebido en sí mismo; sólo se hace comprensible captando su situación respecto de otros lugares de la Tierra» La segunda circunstancia es la conexión causal de los diversos reinos naturales fusionados en un lugar de la tierra, y de sus variados fenómenos. La geografía no se ocupa de los fenómenos que carezcan de tal conexión con otros fenómenos del mismo lugar terrestre, o cuya conexión no nos sea conocida. La consideración geográfica se ocupa de los hechos de la superficie terrestre que son localmente diversos y cuya diversidad local tiene importancia para otros grupos de fenómenos o, como también se ha expresado acertadamente, que tienen una eficacia geográfica. El objetivo de la interpretación corológica es conocer el carácter de los países y regiones, mediante la intelección de la coexistencia y eficacia entre los diversos reinos de la naturaleza en sus diferentes formas fenoménicas, captando además a toda la superficie terrestre en su división natural en continentes, países, regiones y pueblos.

La esencia de la geografía consiste en utilizar esos dos puntos de vista; quien no se halla hecho carne de ellos, no ha comprendido el espíritu de la geografía, de igual modo que un historiador que no inquisiese por el desarrollo temporal de las cosas y por el nexo intrínseco de los diferentes órdenes evolutivos no habría captado la índole de la historia. Por cierto en esta concepción, la selección del material presupone una re-flexión previa sobre la conexión causal de los fenómenos; al progresar el conocimiento, se puede englobar o dejar de lado toda una serie de hechos geográficos y, según la diferente evaluación subjetiva de los nexos causales, será distinta la extensión de la consideración geográfica. Pero precisamente tales variaciones aparecen también en las ciencias históricas y sistemáticas, sin que se les pueda objetar nada en contra del citado principio de la selección del material. Esta no se refiere tampoco a hechos aislados, sino siempre a todo un orden de hechos, conocidos como causas o efectos de otros órdenes de hechos geográficos. La geografía no admite los hechos particulares sólo después de conocer su condicionamiento geográfico, sino que determina descriptivamente y de antemano sus relaciones geográficas, antes de investigar su causalidad; y puede suceder fácilmente que deba enumerar hechos, cuyo nexo causal aún desconoce.

En esta concepción, la variedad del material es ciertamente grande y será cada vez mayor, pues, al progresar el conocimiento, aparecen siempre nuevos órdenes de hechos condicionados por la naturaleza del lugar, y, por lo tanto, con una índole geográfica. La geografía moderna comprende tanto los fenómenos como las formas y circunstancias materiales; los hechos de la vida intelectual como de la naturaleza. Pero abarcan todo estos objetos sólo desde el punto de vista corológico, pudiendo por consiguiente dejar de lado numerosas características y propiedades que quizás sean las más importantes para las ciencias objetivas e históricas. Puede dejar de lado no sólo todas las circunstancias que son uní- formes en toda la tierra, o en cuya diferencia local no se puede reconocer aún una norma variable, sino también todos aquellos objetos, cuyas diferenciaciones locales no repercuten -por lo menos, según nuestros conocimientos- sobre las de otros campos fenoménicos. Por tal razón, en geografía apenas si se concede lugar al magnetismo terrestre, y los yacimientos minerales no constituyen en general objeto de la geografía -aunque existe una topografía de los minerales- y sólo se tienen en cuenta unos pocos minerales en razón de su importancia para el hombre. Se ha dicho, por cierto, que al tener en cuenta lo valioso para el hombre, se está introduciendo un punto de vista extraño en la geografía; pero ese hecho no es sino una aplicación de la regla general, según la cual lo decisivo en la selección geográfica es la importancia que tiene un fenómeno para otras áreas fenoménicas. Las clases inferiores de plantas y animales pueden ser dejadas casi totalmente de lado por la geografía, por estar

esparcidas por toda la tierra, contribuyendo en poco grado a la índole del paisaje. Sólo ciertas circunstancias generales de la vida estatal, popular y social, de la cultura material y espiritual permiten reconocer claramente su nexos con la índole de cada país, mientras la conformación individual de dichas circunstancias, por ejemplo, las particularidades de la constitución y de la administración, de la organización de la vida económica, social y cultural, los productos individuales del arte, de la literatura y de la ciencia, etc., apenas están condicionados geográficamente, más bien tienen una igual conformación en todas partes y carecen de efectos geográficos. La geografía no se ocupa de las personalidades, pues lo poco que reciben del ambiente geográfico no afecta el fondo de su individualidad. La geografía considera las obras humanas -que, en principio, son siempre producto de personalidades individuales- sólo después de excluir a estas últimas, y relacionándolas directamente e inmediatamente con sus causas últimas.

E. Ubicación del tiempo

Como todas las cosas de la naturaleza y del espíritu, todas las épocas pueden constituir el objeto de la geografía. Ciertamente, se ha contrapuesto a la geografía, como estudio del presente, la geología, estudio del pasado. Pero esta oposición no es correcta; pues, en sí misma, la geografía puede estudiar tan to épocas pasadas como presentes, existiendo de hecho una geografía histórica y una paleogeografía. La diferencia esencial no reside en que la geografía prefiera una época especial -el presente- sino que para ella el tiempo pasa generalmente a un segundo plano, pues no estudia el transcurso del tiempo como tal -regla metodológica, por cierto olvidada con harta frecuencia- sino que sitúa a través de la realidad, una sección limitada a determinado momento del tiempo, utilizando la evolución temporal sólo para explicar la situación de ese momento elegido. La geografía necesita una intelección genética, pero no debe convertirse en historia.

Si bien se ha comprendido correctamente la necesidad de prescindir del transcurso temporal como tal, se ha pretendido sin embargo poner como tarea de la geografía humana, el captar únicamente lo constante en el tiempo, lo "permanentemente eficaz", en oposición a las modificaciones históricas, Pero ese algo constante en el tiempo y permanentemente eficaz no existe; sólo una parte de los cambios temporales tienen lugar mediante variaciones en torno al punto cero; los demás manifiestan una evolución progresiva, invirtiéndose a veces casi totalmente la índole del condicionamiento geográfico. Por consiguiente sólo en aquel primer tipo de cambios es posible un cuadro temporal promedio o que prescinda de las variaciones en el tiempo; pero no en estos últimos. El estudio geográfico debe estar siempre orientado a un tiempo determinado.

Por lo tanto, resulta también superflua la pregunta, a qué época debe extenderse la geografía, o únicamente al período propiamente histórico o era humana. Pues prescindiendo de que, al fundamentar en las circunstancias ¿humanas la determinación del tiempo, se está introduciendo un punto de vista ajeno a nuestra disciplina, sólo es posible abarcar un mayor lapso en la consideración corológica o espacial, en la medida en que las circunstancias no cambien o lo hagan únicamente en objetos indiferentes e insignificantes. Tal extensión, por consiguiente, es muy diversa en razón de los diferentes fenómenos. Para la estructura interna de la corteza terrestre, la geografía debe estudiar generalmente la era terciaria media, cuando comenzaron en su mayor parte los cambios decisivos para la conformación actual. En la transformación superficial de la corteza terrestre, en el clima y en el mundo animal y vegetal, los cambios han sido tan grandes aún en la era geológica más reciente, que requieren una descripción histórica, pudiendo ser estudiados por la geografía del presente sólo en sus efectos. Y en la geografía humana, cada siglo y cada año introduce tan grandes modificaciones, que debe concebirse de un modo bastante ajustado la noción de presente geográfico, o dicho de forma más general, la noción de la acción del tiempo que debe colocarse de fundamento para el estudio geográfico.